

La memoria de la Segunda República en el exilio republicano en Francia¹

Geneviève Dreyfus-Armand

La memoria de la Segunda República entre los republicanos españoles exiliados en Francia ha sido plural, multiforme y ha evolucionado en el tiempo. Las divisiones internas del exilio no han permitido que hubiera una memoria única de la República. El exilio republicano en Francia ha sido un conjunto dividido, fragmentado, expuesto a fuertes rivalidades políticas y, por lo tanto, los legados reivindicados han sido diferentes según las corrientes ideológicas y, en ciertos casos, hasta violentamente antagónicos. Para hacer aún más compleja la memoria de la República, a las fracturas aparecidas durante la Guerra civil, se superpusieron las nuevas divisiones causadas por los avatares del exilio o por las distintas estrategias adoptadas en la lucha contra el régimen franquista

De un modo o de otro, las huellas de la Segunda República en la memoria del exilio han sido profundas y vivas. Ya sea para reivindicar plenamente la Segunda República y tratar de mantener su recuerdo, ya sea para desmarcarse de ella y buscar otras orientaciones, la actividad política del exilio ha estado muy marcada por los debates en torno a la República y a su legado. Si la República ha podido erigirse en punto de referencia decisivo para ciertos partidos, para otros ha tenido cuanto menos valor de símbolo político. Por el contrario, en el plano cultural, la memoria de la República ha jugado indiscutiblemente un papel de cohesión identitaria muy por encima de las divisiones ideológicas. Finalmente, la memoria de la República ha dado lugar a rituales conmemorativos perdurables que han contribuido a forjar el imaginario colectivo del exilio.

Una memoria instrumentalizada: de la clandestinidad resistente a la reconstrucción de las instituciones republicanas

No deja de ser significativo que los inicios de la prensa clandestina española durante la ocupación de Francia tuvieran lugar simbólicamente bajo los auspicios de la Segunda República. Para hacer que los refugiados españoles se unieran a la resistencia contra la ocupación, la memoria de la República fue instrumentalizada por el PCE, único movimiento político español que se integró como tal en la Resistencia, aun cuando muchos de sus militantes pertenecieran a otras tendencias y participaran en grupo o individualmente².

¹ Una versión de este texto puede leerse en *Histoire et mémoire de la Seconde République espagnole*, bajo la dirección de Marie-Claude Chaput et Thomas Gomez, Nanterre, Université de Paris X, 2002.

² DREYFUS-ARMAND Geneviève, *L'Exil des républicains espagnols en France. De la Guerre civile à la mort de Franco*. Paris, Albin Michel, 1999 (Traducción en castellano publicada en Barcelona, editorial Crítica, en 2000).

La publicación clandestina más antigua que hemos encontrado ha sido *España día*³, un boletín mecanografiado, de pequeño formato, de fecha 14 de abril de 1941, editado en Toulouse por los jóvenes de la Juventud Socialista Unificada⁴. Centrado esencialmente en la liberación de España, el boletín enarbolaba la bandera republicana en color para esta conmemoración del décimo aniversario de la República.

Para el 14 de abril de 1942, se hicieron numerosas ediciones locales, a menudo manuscritas, de la emblemática *Reconquista de España*, la publicación clandestina española más regular y más difundida en numerosas regiones, que en esa fecha no era aún más que el órgano clandestino del PCE⁵. La evocación de la historia española y el llamamiento a la memoria de la República eran para *Reconquista de España* un medio eficaz de sensibilizar a los refugiados para animarles a unirse a las filas de la Resistencia.

De la misma manera, en abril de 1942, la JSU hizo aparecer *Alianza*: se ha conservado un ejemplar de abril de 1942⁶. De formato reducido, este boletín es una pequeña maravilla de encuadernación: posee una cubierta de cartón en color, decorada con la bandera de la República española. Este número de *Alianza*, redactado en catalán y español para la conmemoración del 14 de abril, apela a los jóvenes españoles para que «luchen unidos por la reconquista de España y por una República popular». Bajo los auspicios de la República, se reafirmaba así la estrategia de unión nacional puesta en marcha por el PCE a partir del verano de 1941. En julio de 1942, el órgano del PSUC, *Treball*, llama a los catalanes a la lucha y les invita a unirse al «único partido catalán que continúa el combate por Cataluña y por la República»⁷. No se trata sólo de invocar la memoria de la República sino de luchar por ella.

Después de esta movilización de energías en nombre de la República durante la Ocupación y la Liberación, la memoria del periodo republicano estuvo intensamente presente en la prensa del exilio. Sobre todo, el exilio español ha reconstruido las instituciones republicanas: de ese modo la actividad política del exilio hacía coincidir la memoria de la República con su realidad.

Al final de la guerra mundial, el exilio republicano, disperso entre dos continentes, aún no se había dotado de instituciones representativas. El 17 de agosto de 1945, los diputados españoles en el exilio, reunidos en México gracias a los buenos oficios del gobierno mexicano, proclamaron a Diego Martínez Barrio presidente de la República. El 26 de agosto, éste nombró a José Giral, dirigente de Izquierda Republicana, presidente del consejo de ministros. José Giral formó un primer gobierno compuesto por personalidades republicanas y socialistas así como por nacionalistas vascos y catalanes. Este gabinete se amplió con representantes de la CNT, luego del PCE y, finalmente, de la derecha republicana. Desde sus primeras declaraciones políticas, Giral manifestó su incondicional lealtad a la República, de la que se consideraba el legítimo representante.

³ *España día. Su vida bajo la invasión*, 14 abril 1941.

⁴ Fundada en abril de 1936 por fusión de la potente organización de las Juventudes socialistas y la minúscula Juventud comunista, la JSU cayó bajo la órbita política y organizativa del PCE en el curso de la Guerra civil. Aunque las juventudes socialistas continuaron militando en dicha organización, una vez que acabó la guerra, la JSU aparecía claramente como la organización de la juventud del PCE.

⁵ Será la publicación de la Unión Nacional Española tras la creación de esta última, a iniciativa del PCE, en noviembre de 1942.

⁶ *Alianza. Alianza nacional de la juventud*, 3 abril de 1942 (Paris, Antonio Soriano).

⁷ *Treball*, 19 julio de 1942.

Además afirmaba su independencia respecto a las potencias aliadas vencedoras de los países fascistas. Giral declaraba así:

“Este gobierno, plenamente convencido de los antecedentes y de la realidad política interior de España, de ningún modo puede admitir, ni jamás admitirá, para nuestra patria, otro régimen que no sea el de una República democrática, auténtica expresión de la voluntad popular... Ni tampoco el gobierno de la República admitirá que bajo apariencia de la fórmula equívoca de un plebiscito —para el que nunca podrá existir libertad de expresión, sea cual sea la vigilante intervención de las potencias— se intente imponer en España una monarquía cuyo descrédito, fracasos y abusos crearon el clima republicano que engendró el régimen de libertad proclamado por el pueblo el 14 de abril de 1931...”⁸

Las instituciones republicanas reconstituidas iban a ser cuestionadas rápidamente: un conflicto iba a surgir y a desarrollarse entre los pequeños partidos republicanos - que anteponían la memoria inmutable de la República de 1931 - y la mayoría de los movimientos del exilio que, sin renegar necesariamente de su lealtad al régimen republicano, se proponían adaptar su estrategia a la nueva coyuntura política. Desde diciembre de 1945, Indalecio Prieto expuso su punto de vista: después del derrocamiento de Franco, un gobierno compuesto por personalidades ajenas a la represión debía restablecer las libertades públicas fundamentales y organizar un plebiscito bajo el control de países latinoamericanos, con el fin de determinar la naturaleza del nuevo régimen. Paralelamente, el gobierno Giral afirmaba representar una continuidad institucional y rechazaba cualquier otra solución que no fuera el restablecimiento puro y simple de la República:

“Somos neta y legítimamente republicanos y no admitimos ninguna clase de arreglos de colaboración con nadie. A la dictadura franquista tiene que suceder de inmediato, y sin etapas intermedias, la restauración de la República.

La consulta al pueblo español se hará lo antes posible, una vez establecido el régimen republicano. A ello nos comprometemos solemnemente”⁹.

La toma de posición oficial de los gobiernos inglés, americano y francés en marzo de 1946 a favor de una solución plebiscitaria en España y las peleas con la oposición interior acarrearón la ruptura del gobierno Giral en enero 1947. Un nuevo gobierno, apoyado en el sector socialista en el exilio, no resistió más de seis meses como consecuencia de la reorientación estratégica del mismo PSOE, entregado mayoritariamente a partir del verano de 1947 a una amplia alianza antifranquista que no excluía ni siquiera a quienes no comulgaban con la República. Por consiguiente, desde agosto de 1947 hasta junio de 1977, los gobiernos en el exilio sólo estuvieron compuestos por representantes de pequeños partidos republicanos. Sólo un símbolo despojado de representatividad iba a subsistir hasta el final del exilio.

Dos declaraciones de 1952 elaboradas por dirigentes del exilio ilustraban con claridad los desgarros vividos por los refugiados españoles a propósito de la República: si la memoria de la Segunda República tenía que eclipsarse ante la razón o, al contrario, reforzar una lealtad indefectible. El primer testimonio es del socialista Luis Araquistáin,

⁸ *La Nouvelle Espagne*, n° 1, diciembre de 1945, p. 1.

⁹ *La Nouvelle Espagne*, n° 7, 28 febrero de 1946, p. 1.

el segundo del republicano Félix Gordón Ordás, entonces jefe del gobierno republicano en el exilio. Con una nota de humor, Araquistáin escribía:

“Como es sabido, Juana la Loca paseó por media España el cadáver de su esposo Felipe el Hermoso antes de darle sepultura definitiva en Granada. La pobre mujer imaginaba o bien que el difunto no estaba muerto o bien que iba a resucitar de un momento a otro... Nosotros, los republicanos españoles, nosotros hacemos algo parecido con el cadáver de la República española. Nos hemos creado la ilusión de que la hemos resucitado en México y desde entonces paseamos sus despojos por el mundo, con la esperanza de que otros estados nos la restauren de un momento a otro en Madrid...

¿No le parece, Señor Presidente, que ya es hora de dar por concluido este triste espectáculo internacional... y enterrar definitiva y solemnemente nuestra República?

... Hacer política significa construir, en lo posible, en cada momento, para la vida y no para la muerte”¹⁰.

A esta declaración y, por tanto, a la posibilidad entrevista por su homólogo de la puesta en marcha de una Tercera República, Félix Gordón Ordás replicó poco después:

“Respeto mucho su opinión referente a la muerte de nuestro régimen, pero permítame que no la comparta. La que está definitivamente muerta es el alma republicana de algunos eminentes republicanos. A pesar de todas las dificultades y de todos los sufrimientos de nuestro caminar por las rutas de la adversidad, aún quedan muchas personas más en el interior como fuera de España que mantienen viva la llama de la República en su espíritu y en su corazón. Soy uno de esos hombres. Y porque creo en la República, sin sectarismo ni etiquetas, lucho con todas mis fuerzas para su restablecimiento...

Puede que me equivoque pero estoy a gusto con mi ilusión invencible. Mi fe no es una fe ciega, y soy consciente de lo difícil que resulta luchar con éxito en semejantes circunstancias”¹¹.

Aunque ya no participaran en los gobiernos en el exilio, los comunistas siguieron apoyando las tesis favorables al mantenimiento de la República en continuidad con la declaración de Dolores Ibarruri de principios de 1947: “Nunca renunciaremos a la República”¹². La CNT “política” estimaba que las posiciones legitimistas intransigentes de algunos partidos les habían conducido a la impotencia. En cuanto a la CNT «apolítica», aunque contemplaba la República como la “única solución” la consideraba como prelude indispensable para la futura revolución social. Según la CNT, eran los partidos políticos de izquierda los primeros que habían apuñalado a la República desde los orígenes, en 1931, pero también en el exilio. Así pues, el diario *Acción libertaria*, publicado en Marsella en 1946, declaraba que el dilema para España no era «República o Monarquía», sino que la única vía era la revolución social¹³. La última palabra sobre el tipo de régimen le correspondería al pueblo español cuando éste pudiera expresarse libremente, es decir, después de la erradicación del franquismo¹⁴.

¹⁰ Carta del 24 de enero de 1952 (*Acción*, n.º 1, junio de 1952, pp. 5-6).

¹¹ Carta del 30 de enero de 1952 (*Acción*, n.º 1, pp. 6-7).

¹² *Mundo obrero*, n.º 48, 9 de enero de 1947.

¹³ *Acción libertaria*, n.º 38, 13 de abril de 1946.

¹⁴ *C.N.T.*, n.º 97, 8 de febrero de 1947.

En el exilio republicano, la memoria de la Segunda República proporcionó bazas políticas importantes. La reactivación de esta memoria sirvió de base a estrategias divergentes y su instrumentalización legitimó la restauración de las instituciones republicanas.

Una memoria identitaria : la evolución de la actividad cultural de la Segunda República

En el plano cultural, la memoria de la Segunda República constituyó, por el contrario, el sustrato para la afirmación de una identidad común entre los republicanos españoles, por encima de las divisiones ideológicas, al menos en un primer momento. La primera fase de las culturas del exilio se caracterizó incluso por la voluntad pura y simple de continuar— como si la derrota no hubiera tenido lugar — la vida cultural de la Segunda República. Después de la guerra mundial, con toda naturalidad, la actividad cultural de los exiliados se inscribió en la misma continuidad, ya fuera por los tipos de organismos culturales creados, por los componentes de esas culturas o por sus modos y formas de expresión. Una de las características específicas del exilio español fue que el combate político estuvo a menudo asociado a la salvaguarda de un legado histórico y cultural, como prolongación directa de lo sucedido en la guerra de España: de la misma forma que entonces la lucha contra los nacionalistas y sus aliados fascistas se hizo en buena medida en nombre de la defensa de la cultura, el exilio se presentó como una resistencia cultural. Este combate pasaba por hacer referencia constante a la acción cultural y educativa de la Segunda República, que se trataba de preservar, prolongar y dar a conocer. Aunque el dominio cultural no quedase al margen de las luchas políticas, este enraizamiento en la cultura española liberal constituyó un cimiento esencial de la cohesión identitaria del exilio español.

En los campos de internamiento, profesores, estudiantes y artistas, que se encontraron rodeados de decenas de miles de soldados del ejército republicano, emprendieron un vasto trabajo de educación y difusión de la cultura. Esta actividad emanó, tanto por inspiración como por sus realizaciones, de la efervescencia cultural del periodo de la Guerra Civil y habría quedado en el olvido si no hubieran llegado hasta nosotros los frágiles y maravillosos testimonios de esta «prensa de las arenas» que servía para organizarla y esos boletines confeccionados artesanalmente en los campos de concentración¹⁵.

En el *Boletín de los estudiantes*, editado por los estudiantes de la FUE (Federación Universitaria Escolar) en el campo de Argelès-sur-Mer, no solamente se reafirmaba la continuidad con el periodo republicano, sino que incluso los refugiados sentían que representaban los valores culturales de España y, por consiguiente, al país mismo:

¹⁵ *Plages d'exil: les camps de réfugiés espagnols en France, 1939*, coordinado por Jean-Claude Villegas. Nanterre, GEDIC, Dijon, Hispanistica XX, 1989.

“El trabajo constructivo realizado por la República española durante ocho años en el campo de la Instrucción pública ha sido totalmente aniquilado por el gobierno de Burgos... Ellos son la anticultura No son España. Nosotros sí somos España”¹⁶.

Así, desde los inicios del exilio, el combate cultural aparece inseparablemente unido a la lucha antifranquista: frente al oscurantismo reaccionario del franquismo, los republicanos exiliados, incluso los que se encontraban recluidos en campos, se sentían los herederos de la brillante tradición cultural que había florecido bajo la Segunda República. Porque, argumentaban, mientras que la República fue sostenida por los mejores poetas, los Machado, Lorca, Jiménez, Alberti, Hernández y tantos otros, “la España negra es cantada por un coro de ruiseñores sin voz propia — poetas híbridos, diría Quevedo — presididos por Marquina y Pemán”¹⁷. Afirmar la continuidad con el periodo republicano era poner la derrota entre paréntesis.

Con respecto a la Liberación, después de la profunda fractura producida por los años de la guerra mundial, la perspectiva, en el terreno cultural, era diferente: se trataba entonces de salvaguardar no sólo la herencia cultural sino también de movilizar todas las energías creativas y las potencialidades de la inteligencia en la perspectiva del regreso inminente a España. No se trataba, por lo tanto, de preservar únicamente una identidad cultural, sino de «ilustrarla», de «enriquecerla». En este contexto específico se inscribieron los años de la inmediata postguerra. Poco más tarde, con la prolongación del exilio, la cultura fue un elemento esencial de la cohesión identitaria de los exiliados, aunque por la diversidad del propio exilio español, no se trataba de una cultura de carácter plural.

Muy pronto, los intelectuales que permanecían en Francia reconstituyeron sus organizaciones sindicales y crearon nuevas asociaciones. En el boletín *Unión de intelectuales españoles* se recordaban con mucha frecuencia las realizaciones culturales de la época republicana¹⁸ y numerosas publicaciones culturales buscaban el compromiso en favor del restablecimiento de la Segunda República. Algunas revistas, como *l'Espagne républicaine* —dirigida por Ricardo Gasset con la participación de todas las corrientes del exilio con la excepción de los comunistas—, *Iberia*, dirigida por Jean Cassou en 1945, o *Independencia*, en cuyo comité de redacción se encontraban Rafael Alberti, Arturo Serrano Plaja, Manuel Núñez de Arenas, Emilio Herrera, Pablo de Arcárate, José María de Sempbrún Gurrea, Manuel de Azcárate y Jorge Sempbrún, retomaron la herencia cultural de la República y fomentaron formas de expresión muy actuales en la España de la época, como la poesía y las narraciones cortas. Los intelectuales impulsaron también asociaciones más abiertas hacia un tipo de público más amplio, como los *Ateneos* donde se integraban la mayor parte de los exiliados en Francia y que pretendían ser la continuación del movimiento cultural liberal, nacido en España durante el primer tercio del siglo XX.

Las organizaciones culturales creadas por los nacionalistas vascos y catalanes, muy activos y constantes, tenían por objeto perpetuar las lenguas y culturas regionales y salvaguardar un espacio cultural prohibido en la España franquista. Aunque las

¹⁶ *Boletín de los estudiantes*, (FUE), Argelès, 17 de abril de 1939 y 18 de mayo de 1939.

¹⁷ *Profesionales de la enseñanza*, Argelès, [septiembre] 1939

¹⁸ Publicación regular « Problemas de la enseñanza ».

identidades culturales regionales tenían sus raíces en un pasado más lejano, la referencia a la Segunda República era inevitable como memoria de un periodo en el que las autonomías habían sido reconocidas y se había vivido una época de gran libertad cultural, incluso de aquellas culturas consideradas como marginales. El anarquismo tenía también en la República sus referentes culturales, aunque las alusiones a la Segunda República no aparecían demasiado en la abundante prensa editada en Francia, casi únicamente con motivo de la conmemoración de alguna fecha emblemática.

Esta memoria identitaria, sustentada sobre la intensa y brillante actividad cultural de la Segunda República fue desdibujándose a medida que los años pasaban y nuevas generaciones aparecían en la escena pública, relegando a un segundo plano a las generaciones que habían vivido el periodo republicano. Esta cultura hispánica liberal, que había alcanzado un importante nivel durante la Segunda República, se encontraba naturalmente confrontada a otras culturas, fundamentalmente a la del país de acogida. Aunque el sentimiento de doble pertenencia cultural perduró largo tiempo entre los republicanos españoles –y persiste hoy en las generaciones nacidas en el exilio– los choques culturales inevitables a lo largo de un periodo tan largo desembocaron en un mestizaje cultural, en el que la memoria de la República se ha difuminado cada vez más hasta llegar a constituir casi exclusivamente una referencia puramente simbólica.

Una memoria ritualizada: las conmemoraciones

Desde los primeros momentos del exilio, el día de la proclamación de la Segunda República fue una fecha celebrada y conmemorada. *El Boletín de los estudiantes*, editado en el campo d'Argelès-sur-Mer, la evocaba el 17 de abril de 1939. Entre los pequeños festejos que se organizaron en este campo de refugiados, se distinguieron particularmente los que se celebraron para conmemorar el 14 de abril. Por ejemplo, en la fiesta del domingo 16 de abril en homenaje a la República participaron 7.000 refugiados, que demostraron, por sus aplausos, su entusiasmo y su amor por España¹⁹.

Durante todo el exilio, pero particularmente hasta comienzos de los años sesenta, todos los esfuerzos se concentraban en la salvaguardia de una identidad cultural. Además, la memoria histórica ocupaba un lugar importante en todos los diarios y revistas, pues se trataba de reavivar regularmente para los lectores el recuerdo de las grandes figuras de la cultura española, y también, y sobre todo, los acontecimientos recientes de la historia española que mayor valor simbólico tenían. La prensa del exilio recordaba unánimemente a Cervantes, Goya, Lorca o Machado, al mismo tiempo que, según la tendencia política, se evocaba el aniversario de los militantes, responsables de los partidos o políticos que habían entregado su vida por una causa justa. Eran fechas que cada año eran celebradas sistemáticamente en la prensa del exilio y que servían al mismo tiempo para conmemorar y reflexionar sobre la historia de la Segunda República y la Guerra Civil: el 14 de abril de 1931, los días 18 y 19 de julio de 1936 eran particularmente recordados y así la historia revisada por el sesgo de las conmemoraciones rituales era un elemento fundamental del imaginario colectivo del exilio.

Eran fechas que, cada año, eran evocadas sistemáticamente en la prensa del exilio español por todas las tendencias y de forma muy diversa. Estas evocaciones a veces tan

¹⁹ *Plages d'exil, op. cit.*, p. 20.

divergentes muestran las diferencias de apreciación del pasado y por consiguiente de las actividades a desarrollar por la emigración. Se trataba de las conmemoraciones del 14 de abril de 1931, el día en que Alfonso XIII había abandonado el país y, según las diferentes tendencias políticas, la del 18 de julio de 1936, comienzo de la sublevación militar, y la del 19 de julio de 1936, día en que el gobierno de José Giral decidió oficialmente armar al pueblo y reconocer la existencia de las milicias de los partidos y sindicatos.

Todos los años, la prensa republicana y socialista, así como las publicaciones que hacían del restablecimiento del régimen republicano su objetivo de lucha fundamental, celebraban el 14 de abril²⁰. Los gobiernos en el exilio festejaban esta fecha en que “la República (había sido) felizmente proclamada, sin romper un vaso”. Desde entonces, se imponía trabajar en el sentido de reagruparse en torno al gobierno en el exilio. El presidente de la República, Diego Martínez Barrio, hizo la siguiente exhortación en 1946:

“La emigración española, en este aniversario del 14 de abril, tiene el deber urgente, inmediato, de dar su apoyo al gobierno...Unidos, todos juntos, gobierno y pueblo, podremos realizar la misión que la Historia y la voluntad del pueblo nos han impuesto”²¹.

El gobierno en el exilio afirmaba claramente que cada 14 de abril era la ocasión para “los españoles emigrados de reafirmar su fe y su entusiasmo republicano”²². Lo que provocaba un cierto escepticismo entre los refugiados menos ligados a la forma jurídica del poder. “Otro aniversario”, ironizaba la editorial de *C.N.T.* en 1949: “como la lluvia...los aniversarios están cayendo sobre la cabeza de los españoles, exiliados o no exiliados...Pascuas republicanas, fiestas de las libertades escritas y de ilusiones perdidas”²³. Pues esta fecha era también, para muchos, la ocasión de preguntarse sobre los errores y las insuficiencias de la República que habían conducido a la Guerra Civil y a la instauración del franquismo. No analizar el pasado podía tener consecuencias funestas para el porvenir. “Esto quiere decir concretamente –escribía el editorialista del periódico anarquista *La Libertad* en 1946- reincidir en los mismos comportamientos...No han comprendido o no han querido comprender. Y esto es el verdadero peligro para el futuro de España”²⁴. En su primer número aparecido en el exilio, *La Batalla* reproducía, haciéndolos suyos, los siguientes fragmentos de una declaración de Álvaro de Albornoz:

“...Si en 1931 hubiéramos resuelto, en veinticuatro horas y por decreto, el problema político-eclesiástico, la reforma agraria, el problema del ejército y otras cuestiones igualmente graves y fundamentales, las circunstancias que hicieron posible la sublevación de 1936 no se hubieran podido producir”²⁵.

Los acontecimientos de 1936 eran revividos –retomando la expresión de Émile Temine- desde una perspectiva de “justificación obsesiva de un arreglo de cuentas sin

²⁰ *La Nouvelle Espagne, Boletín de información del gobierno de la República española, Política, El Socialista, El Socialista español...*

²¹ *La Nouvelle Espagne*, n° 11, 10 abril 1946.

²² *La Nouvelle Espagne*, n° 12, 22 abril 1946.

²³ *C.N.T.*, n° 210, 21 abril 1949.

²⁴ *Libertad*, Boletín regional de Bretaña, n° 29, 31 marzo 1946.

²⁵ *La Batalla*, n° 1, 25 mayo 1945.

fin”²⁶. El 18 de julio de 1936 era evocado casi cada año en la mayor parte de los periódicos de la emigración. Incansablemente era recordada la significación de la gran ruptura que este día había introducido en la historia de España; esta continua repetición evidenciaba que los días de julio de 1936 constituían los acontecimientos que habían marcado desde siempre a los exiliados de la primera generación. Diego Martínez Barrio señalaba en 1947:

“Cuando el 18 de julio e 1936, una gran parte de los oficiales del ejército y otra parte, no menor, del aparato civil del Estado se sublevaron contra la República, España reaccionó espontánea y virilmente. El campesinado en las zonas rurales, el obrero en las ciudades y las clases dirigentes del país se lanzaron a la defensa de la República, no solo como expresión de lealtad a un régimen político sino también como voluntad soberana y liberadora”²⁷.

Evocar el 18 de julio era acordarse de la sublevación falangista contra la República y, sobre todo, “contra todo lo que sus instituciones legales y democráticas representaban de generoso y humano, de impulso cultural y de transformación económica y, en suma, de justicia, de progreso y de libertad”²⁸. Mientras que las publicaciones republicanas y de la izquierda moderada conmemoraban el 18 de julio para señalar el día en que la legalidad republicana había sido escarnecida, las de los anarquistas y la extrema izquierda celebraban la “gesta gloriosa del 19 de julio”. Esta expresión fue empleada en 1946 –décimo aniversario– por la CNT²⁹ y expresaba las profundas divergencias de apreciación entre los que pensaban que la guerra de España había sido un combate para defender la legitimidad institucional y los que creían que había sido una revolución: las fechas conmemorativas elegidas por unos y por otros no hacían más que reflejar las discrepancias ideológicas. El 19 de julio era considerado por los anarquistas y por los militantes del POUM como el día fundamental de esta época, el punto de partida de la Revolución española. Desde 1939, el 19 de julio formó parte de la simbología revolucionaria española. Pocos meses después del final de la guerra, el periódico anarquista *España expatriada* evocaba la retirada de las tropas republicanas haciendo referencia a la Revolución Francesa: “Lo mismo que Francia tiene un 14 de julio nosotros tenemos nuestro 19 de julio (...) La dolorosa historia del pueblo español... abrió esa mañana de 1936 una gran puerta al porvenir”³⁰.

En 1945, *La Batalla* celebró el 19 de julio en estos términos: “En este noveno aniversario de los días de julio, debemos reivindicar la gesta revolucionaria del pueblo español. No se puede pasar en silencio la experiencia de la profunda transformación realizada en la estructura económica y política que ha vivido la clase obrera española durante dos años y medio”³¹. En 1946, la comisión de propaganda del MLE-CNT editó un *Libro de oro de la Revolución española* enteramente dedicado al 10º aniversario del 19 de julio, llamado a “permanecer en la historia del proletariado universal como una fecha

²⁶ Émile Temime, *La Guerre d'Espagne commence*, Bruxelles, éditions Complexe, 1986, p. 102.

²⁷ *Boletín de información del gobierno de la República española*, nº 28, 19 julio 1947.

²⁸ *El Socialista español*, agosto 1952.

²⁹ *C.N.T.*, nº 68, 19 julio 1946.

³⁰ *España expatriada*, 14 julio 1939.

³¹ *La Batalla*, nº 3, 19 julio 1945.

simbólica”. A lo largo del exilio, la CNT celebró esta fecha, considerada como “un ejemplo para los trabajadores del mundo... todo un pueblo alzado frente al opresor...”³². Cada año, los periódicos anarquistas dedicaban numerosas páginas al recuerdo de los días de julio, para incitar a los antifranquistas a la lucha y a la unidad y para definir los objetivos de la resistencia al franquismo. Esta simbología era retomada por los anarquistas franceses, que en testimonio de esta profesión de fe publicaban en *Le Combat Syndicaliste*, órgano de la CNT francesa, justo antes de que esta publicación se convirtiera en el portavoz de los libertarios españoles, cuyos periódicos fueron prohibidos en noviembre de 1961:

“El 19 de julio fue la fecha en que se afirmó la capacidad de las masas... El recuerdo de la fecha-aniversario del 19 de julio evoca en nosotros... (el día) en que el aprendiz de dictador tuvo que inclinarse momentáneamente ante la voluntad de los trabajadores levantados para oponerse a su crimen. El 19 de julio, significa para nosotros la ocupación de las fábricas, las obras, las minas, los campos, los transportes, por los trabajadores, que desde ese mismo día tuvieron que dedicar todo su trabajo para intentar rechazar durante tres años a un ejército nutrido de importante material de guerra por las potencias capitalistas fascistas...y por las otras”³³.

El exilio republicano tuvo la especificidad de ser el fruto de un acontecimiento que fue considerado como un mito en su época. El exilio estuvo también impregnado de este suceso fundador que fue la guerra de España. Al mismo tiempo, la memoria de la guerra civil suplantó rápidamente la memoria de la Segunda República; incluso las dos memorias, a veces, se superpusieron.

Los exiliados españoles se sintieron los herederos de esta gesta, calificada de republicana o revolucionaria según las distintas opciones ideológicas, y no cesaron nunca de revivir los momentos gloriosos, así como los días de derrota. Su imaginario colectivo estaba alimentado por la exaltación del pasado, de los acontecimientos elevados al rango de mitos. Esto explicaba el fuerte grado de politización, el vigor y la permanencia de las polémicas, y estaba en el origen de las decepciones engendradas por un exilio prolongado y el hecho de que el retorno a España a menudo se volvió imposible, incluso después del fin del franquismo, porque la sociedad española se había convertido, durante este tiempo, en otra muy diferente a la que habían conocido los exiliados o a la que habían soñado.

Traducido por José María Marín y Rosa Pardo

³² *Solidaridad obrera*, n° 536, 19 julio 1952.

³³ *Le Combat syndicaliste*, n° 66, 13 julio 1961.